

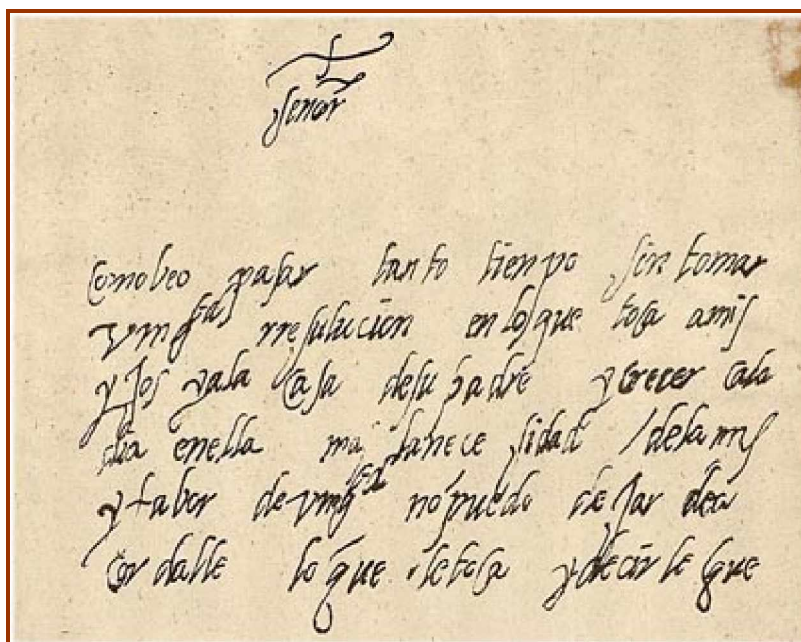
La enigmática princesa de Éboli y duquesa de Pastrana, Ana de Mendoza y de la Cerda, más conocida por lo que nunca se supo de su historia que por su historia misma, recorrió su vida cumpliendo todos y cada uno de los requisitos característicos de la mujer de su tiempo: se casó niña con un hombre maduro y por conveniencias, fue madre prolífica, fue monja a su viudez, y amante de amantes para compensar desdichas en rebeldía.

**“ Si la mayor honra, gala y hermosura de las damas y princesas antiguas estaba repartida entre Helena y Penélope, ahora, en nuestra era, todo junto se remata en la eximia Princesa de Éboli”**

Pedro de Madariaga



Jamás se llegó a conocer cuál sería la causa tan cruel por la que el rey Felipe II le quitó la custodia de sus hijos, la despojó de la administración de sus bienes, y la encerró, hasta el fin de sus días, en la torre de Pinto, en el castillo de Santorcaz y después en su propio palacio en Pastrana, donde murió en 1592. Nunca se conoció la realidad del complot, de la supuesta conjura contra el rey que tanto juego ha dado actualmente a la ficción en la novela y en el cine. La princesa de la mirada partida: el ojo que mira y el ojo que oculta tras el misterioso parche que convirtió en inconfundible su rostro, el rostro de una mujer luchadora, vapuleada por las circunstancias de una época intrigante y oscura, y que basculó constantemente entre el coraje y la desidia.



Encabezamiento de una carta de la Princesa de Éboli al Rey (1580)

El modelo caligráfico al que pertenecen las cartas de la princesa ha de encuadrarse entre las escrituras humanísticas que, pretendiendo apartarse de las pasadas florituras góticas, retomaban la sencillez de las formas clásicas. Francesco Petrarca describió este modelo como "(...) letra, depurada, legible y que entra espontáneamente por los ojos, de la cual se podría afirmar que nada le falta en punto a la ortografía y al arte gramatical." La escritura de los siglos XV y XVI se trataba, en esencia, de una escritura sencilla, sin rasgos superfluos y que, a medida que se modernizaba iba optando por la tendencia a la cohesión entre letras y por la inclinación hacia la derecha, como un guiño de pretensión por mirar al futuro.

No cabe ninguna duda de que Ana de Mendoza era una mujer de fuerte temperamento y apasionada. Su escritura nos habla de ello, y también de un carácter altivo y orgulloso, impositivo y altanero. No es de extrañar que chocase éste con el magnánimo temperamento de Santa Teresa de Ávila, con quien Ana tuvo relación y a quien ayudó a fundar dos conventos carmelitas en Pastrana.

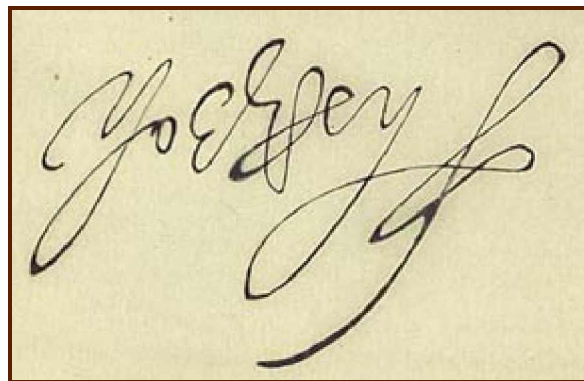
**"Estaría allí tres meses, adonde se pasaron hartos trabajos, por pedirme algunas cosas la princesa que no convenían a nuestra religión, y así me determiné a venir de allí sin fundar antes que hacerlo. El príncipe Ruy Gómez, con su cordura (que lo era mucho) y llegado a razón, hizo a su mujer que se allanase, y yo llevaba algunas cosas, porque tenía más deseo de que se hiciese el monasterio de los frailes que el de las monjas".**

(Santa Teresa de Jesús, "Obras completas")

A la muerte de su marido Ruy, en 1573, la desolada Ana ingresó en uno de los conventos fundados en Pastrana, rodeada de sus criadas y desordenando la disciplinada vida de las monjas que allí habitaban y la suya propia, que tomó un giro radical a partir de entonces. Su salida del convento la condujo a Madrid donde se sumergió en intrigas políticas de la mano de Antonio Pérez, hombre

de confianza de su difunto marido, y por entonces secretario de Felipe II. Leyendas de la época apuntan a que Ana y Antonio fueron amantes, como otras apuntan a que Ana y el rey también lo fueron. De entre esos entresijos, reales o no, surgió la inquietante y oscura historia de la implicación de Ana y Antonio Pérez en actos de espionaje y manipulación de cartas con tintes de traición entre el rey y su hermanastro, don Juan de Austria (gobernador de los Países Bajos), así como en el asesinato de Juan de Escobedo (secretario de don Juan de Austria). Todo ello desató las iras de Felipe II contra ella hasta el punto de encerrarla, abandonarla, despojarla de todo y condenarla a la ignominia.

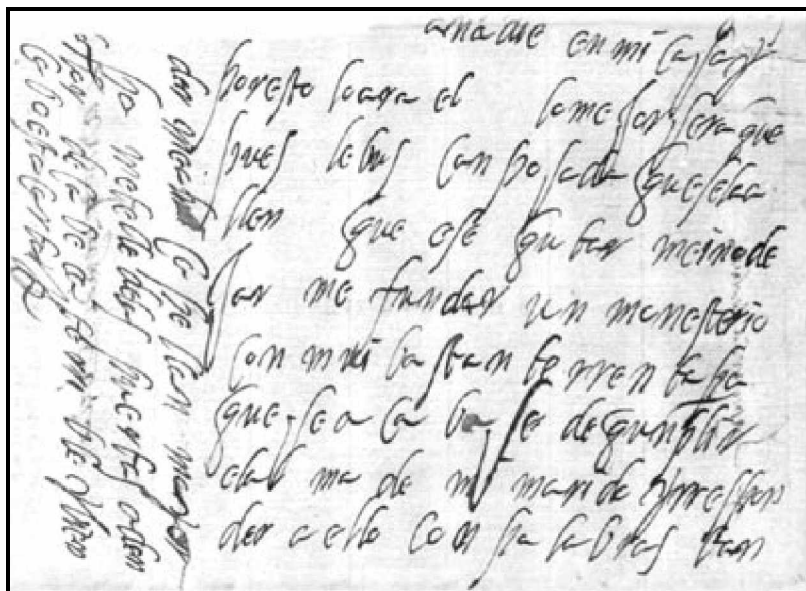
Es por ello que, la gran mayoría de los manuscritos que de la princesa se conservan, son requerimientos y llamadas de atención a Felipe II por parte de esta mujer condenada a un olvido sí por parte del rey pero no de la Historia.



Retrato y firma del rey Felipe II

De la escritura de Ana de Mendoza se deduce una notable inteligencia más impulsada por las pasiones y las intuiciones que por el espíritu práctico y la razón. Sus danzarinas letras entre espacios desiguales y generosos choques entre renglones nos hablan de una mentalidad abierta y ágil pero desasosegada, inquieta y muy confusa. Parece como si el ímpetu de la mujer apasionada quisiese competir con la angustia y, en ocasiones, con la sinrazón.

Sus dotes para la comunicación y para la relación social son también más que evidentes. Sus escritos presentan a una persona abierta y extrovertida, amante de las relaciones y de los círculos sociales donde además, pugnaba por resaltar entre las demás personalidades. De claro orgullo y nobleza altiva, la vitalidad del carácter de Ana podía hacerla parecer dura, inflexible y contundente, tanto en su palabra como en su presencia. Su impronta escrita puede darnos buena idea de lo que sería su apariencia, de esas que abruman, que se abren paso entre los presentes y que saben perdurar como una sombra impregnada de misterio, a través de los siglos.



Fragmento de una carta de Ana a Juan de Escobedo (1574)

**“La princesa y sus criadas bastan para hacer perder el juicio a cualquiera que con ellas trate..., que cierto me traen perdido y desatinado.  
Dios me libre de ellas”**

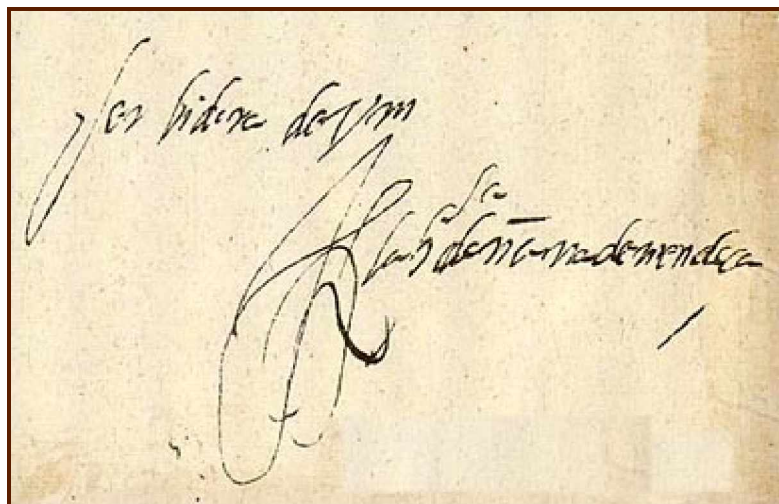
(Don Rodrigo Manuel, que custodió a Ana en el torreón de Pinto por orden de Felipe II)

Podría decirse de Ana que su afán de poder, de protagonismo, su ambición y su querencia por salirse siempre con la suya, chocaban de forma frontal con su

constatable inestabilidad emocional, su gran talón de Aquiles. De natural orgulloso, concentraba la mayor parte de sus energías en ejecutar sus caprichos y sus intenciones, pesase a quien pesase, y eso generaba que, al mínimo tropiezo o contradicción, cayese sin remedio en el desaliento y la frustración. Así, su desmedido orgullo y su temeraria pasión la collocaban con frecuencia frente al abismo.

**“No hay leona más fiera ni fiera más cruel que una linda dama...  
y como tal se ha de huir”**

(Antonio Pérez)

A photograph of a handwritten signature in dark ink on aged, yellowish paper. The signature is highly stylized and cursive, with large loops and flourishes. It appears to read 'Doña Ana de Mendoza' with a date '1580' written below it. The paper shows signs of age, including some staining and a slightly uneven texture.

Firma de doña Ana de Mendoza (1580)

Para el misterio y las leyendas blancas y negras de la historia de España quedarán las intrigas, las supuestas conjuras y los misterios que, precisamente por ser tales, y por quedar abiertos entre interrogantes, se perpetúan y siguen latiendo por los anales de la Historia . Nunca llegará a saberse el porqué del ensañamiento del rey con su hasta entonces protegida Princesa de Éboli, nunca conoceremos la verdad sobre sus supuestos amoríos con el rey, y sobre si es cierto que lo que enfureció al rey fueron los celos hacia Antonio Pérez, o bien

las inducidas sospechas de traición por parte de don Juan de Austria, o bien todo este revuelo junto o quizás algo que ni siquiera tuviese que ver con este revuelo. La Historia lo desconoce. El caso es que la princesa de Éboli acabó sus días entre rejas, recluida en su palacio ducal de Pastrana, suplicando al rey en sus cartas entre la humillación, el desconsuelo y el abandono, y asomándose a la ventana enrejada, que del palacio daba a la plaza, solamente durante una hora al día. Parece quedar ahí ahora prendida su sombra, en la que popularmente se conoce como "la reja de la hora".



"Nunca ofendí a mi rey y señor... Dios del cielo, remédianos, pues véis todo. Hija, pídelo tú a Dios. Dadnos por testimonio, señor escribano, que nos ponen en cárcel oscura, que nos falta el aire y el aliento para poder vivir. Que no es posible que Su Majestad tal quiera ni permita siendo que es tan cristianísimo. Estos aposentos, donde no se podía vivir sin rejas, cuanto más ahora hechos cárcel de muerte, oscuros y tristes..."

Sandra M<sup>a</sup> Cerro  
Grafóloga y Perito calígrafo  
[www.sandracerro.com](http://www.sandracerro.com)

Agradezco la inestimable colaboración para este artículo de Nacho Ares y José Luis García de Paz, así como de Nerea Rodríguez (Sección Nobleza del Archivo Histórico Nacional) y Juan Larios de la Rosa (Archivo Ducal de Medinaceli)

Fuentes y documentación:

Web de Nacho Ares: [www.nachoares.com](http://www.nachoares.com)

Web del profesor García de Paz:

[www.uam.es/personal\\_pdi/ciencias/depaz/mendoza/mendoza.htm](http://www.uam.es/personal_pdi/ciencias/depaz/mendoza/mendoza.htm)

Portal de Archivos Españoles - PARES: <http://pares.mcu.es>

Web de la Villa Ducal de Pastrana: [www.pastrana.org](http://www.pastrana.org)

Nacho Ares, "Éboli. Secretos de la vida de Ana de Mendoza"

Antonio Herrera Casado, "La princesa de Éboli. Una guía para descubrirla"

Almudena de Arteaga, "La princesa de Éboli"